

forjar entre ambos, no sólo un profundo romance, sino una eficiente empresa armadora y de construcción naval que culmina con un primer y largo viaje hasta Australia, cuyo éxito consolida lazos perdurables que promueven el desarrollo de nuevas aventuras plenas de colorido.

Las vinculaciones del Virrey del Perú con Chiloé y Valdivia dan margen a capítulos de plena ambientación en la vida guarnicional de las fortalezas de Corral y en la interminable contienda con los mapuches, sin olvidar a los marginados y rubios indígenas boroanos, en cuyo contexto, nuevos romances envuelven al desinhibido mocetón que es el eje de la narración.

Las intrigas comerciales, las consecuencias económicas —e incluso políticas a nivel sudamericano— de la expulsión de los jesuitas, los prejuicios sociales y las condiciones de vida en los palacios y mansiones, así como en los rancheríos y rucas, son el entorno que nos mantiene cómodamente insertos en la trama, sin perder de vista en ningún momento que, si bien muchos de los temas allí narrados son de vigencia actual, la versión relatada tiene su vida propia en un marco físico y social claramente singular e irrepetible, pero de innegable fascinación.

Al terminar su lectura, queda una sensación de grato orgullo de ser parte de tanta capacidad de acción, temple y audacia como las que caracterizan al protagonista, que no es un príncipe ni un gran señor, sino un astuto hombre de mar que representa con su inevitable cortejo de éxitos y fracasos, a toda la clase marítima del país.

El epílogo nos lleva al tiempo de nuestra independencia, época que nuestra cultura ha tomado, equivocadamente, como punto de partida de la nacionalidad.

El libro tiene ese mérito adicional; nos muestra claramente que el Chile republicano es una continuación social, económica y cultural del Reino de Chile, país que no hemos querido conocer por simple actitud chauvinista forjada en los hechos políticos de la independencia y alimentada en su carácter antihispánico por una ilustración europeísta y por resabios indigenistas que aún subsisten.

En estos días en que se conmemora el V° Centenario de la hazaña de Colón, bien vale recorrer estas páginas que nos descubren, con notable encanto y erudición, las meritorias raíces de nuestra profunda cuanto esforzada idiosincrasia marítima, tan largamente silenciada por nuestra cultura continental.

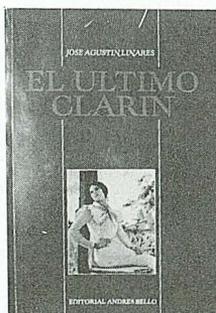
El estilo de la obra es notoriamente descriptivo y, si bien a veces una descuidada puntuación dificulta su lectura, el vocabulario preciso y muy variado logra perfilar nítidamente los personajes y las situaciones.

En resumen, una muy ágil novela de amor y de aventuras, ambientada en el Chile marítimo prerrepúblicano felizmente redescubierto, cuya evocación se va sobreponiendo, fluida y románticamente, a la menguada y equívoca percepción que hasta ahora hemos tenido de esos lejanos ancestros.

EL ULTIMO CLARIN

José Agustín Linares, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1991, 324 pp.

Y.C.



ESTA apasionante novela histórica se desarrolla en una etapa de la vida nacional especialmente confusa y angustiosa: La Guerra Civil de 1891. Tiene una trama muy romántica y sus protagonistas son jóvenes de la época que actúan en un ámbito social relativamente rígido y en un medio político claramente escindido por el apego intransigente a principios intrasables.

La primera parte, correspondiente al año 1890, presenta el escenario y los personajes. La escena nacional está impregnada de la pugna política y va marcando, con agilidad y contrapunto, el juego de situaciones personales, sociales y políticas que van envolviendo al lector, con incontrolable atracción, en una perspectiva evidentemente dramática que contiene una trama que, aunque se perfila ominosa, se hace auspiciosa por el entusiasmo de los jóvenes sujetos que le dan vida.

Especial deleite provoca la profusa referencia a personalidades sociales y políticas de la época,

a través de ingeniosas situaciones anecdóticas que van constituyendo una imagen muy verosímil de ese álgido período. Llama la atención la natural integración de los profesionales civiles y militares que fluye de la realidad social descrita, planteando, tal vez sin quererlo, una importante reflexión sobre la artificialidad de una postura distinta, que hoy está tan en boga y es entendida como una divergencia de raíces profundas, poco menos que insuperable.

La segunda parte, 1891, tiene los tonos fuertes de la realidad histórica y va presentando, con la misma amenidad y realismo del relato anterior, la evolución de una situación inexorable que, necesariamente, provocará efectos traumáticos en todos los personajes. Para ello, la persistente fuerza del ansia de vivir, reflejada en la evolución sentimental de los caracteres más destacados de la trama, mantiene siempre una chispa de esperanza frente al destino de tantos personajes que nos han conquistado por su noble accionar o su emocionante candor.

El desenlace, de dulce y agraz, es una mezcla armoniosa de penas y alegrías dejando, como era de prever, esa reflexión profunda sobre lo absurdo de la realidad descrita, muchas veces inexplicable para el espectador distante, pero que, una vez conocida desde el interior, nos parece menos hórrida, porque es parte de la naturaleza humana que así, como sabe de la afirmación rotunda de sus ideales, por los cuales llega a odiar y arriesga morir, también está dispuesta a sufrir e incluso a perder, en aras del amor y la solidaridad.

El último clarín puede que sea la primera obra de Linares —cuya sorpresiva aparición en nuestras letras nos intriga— pero no creemos que sea la última clarinada de su elocuente interpretación del pasado, que agradecemos por su decantada visión, su brillante estilo y su deslumbrante versación histórica, con todo lo cual ha creado una novela que, a cien años de lo vivido en ella, es un gran regalo para Chile, que sabe disfrutar en sus páginas la genial revitalización de una rutilante contingencia ya esfumada, pero que sabe aquilatar también la trascendencia de un luctuoso acontecer que no ocurrió en vano. Tan es así, que ochenta años después, ni unas Fuerzas Armadas firmemente cohesionadas ni una civilidad que manifiestamente las llamó en su auxilio, permitieron que una nueva disensión político-ideológica arrastrara al país a otra aciaga guerra civil.

